

Procesos sociales y Educación

Por Teófilo Rodríguez Neira
Director Adjunto del I.C.E.

«La escuela, escribió Tolstoi, como todo ser viviente, no sólo se modifica cada año, cada día y cada hora, sino que está expuesta a diversas crisis, a desgracias, a dolencias» (1).

Todos los centros escolares, sin duda, tienen unas características, unos rasgos peculiares y exclusivos. Reciben un tipo de alumnos, están situados en un medio geográfico concreto, disponen de una plantilla de profesores equipados con un temperamento y unas actitudes determinadas. Y estos aspectos informan gran parte de los comportamientos que en ellos se desarrollan. No es caso, por tanto, de infravalorar, pese a la aparente uniformidad del sistema educativo, esas incidencias. Incluso habría que descender a los pequeños matices, que son los que, en realidad, dan vida, ritmo y precisión a la escuela y a sus protagonistas. Pero también es cierto que cualquier colegio, cualquier centro docente, desempeña sus actividades en una sociedad, en una cultura y en un ámbito político. Y esto desborda la proximidad de aquellas preocupaciones e influye de un modo constante en los individuos, en las cuestiones personales. Únicamente ocurre que, acuciados, la mayor parte de las veces, por la multitud de sucesos inmediatos, agobiados por problemas puntuales, como pueden ser las pugnas y colaboraciones diarias entre los profesores, los alumnos, los padres, los ayuntamientos, las inspecciones, los directores, etc., se nos olvidan los elementos más lejanos, esos elementos en los que se enmarcan todas esas tensiones y distensiones.

Hasta tal extremo se ha de prestar atención a los condicionamientos socio-culturales que Mannheim, en el año 1943, afirmaba en tono rotundo: «Ningún sistema educativo es capaz de mantener en la nueva generación la estabilidad afectiva y la integridad mental, a menos que esté unida a una estrategia común con las influencias sociales que actúan fuera de la escuela. Sólo mediante la cooperación con ellas y en nuestros días de modo especial, es posible poner un

(1) TOLSTOI, L. La escuela de Yasnaïa Poliana, Ediciones Júcar, Barcelona, 1977, p. 14.

freno a las influencias sociales que, de otra suerte, desorganizan la vida de la comunidad.

Esta actitud sociológica hacia la educación encontrará seguramente resistencia entre los educadores de la era liberal para quienes el único propósito digno de la educación consistía en el desarrollo de una personalidad independiente. Creyeron haber salvado la autonomía de la personalidad al olvidar el análisis de la situación social en que el hombre tiene que actuar y sobrevivir.

Hoy sabemos que la ceguera para lo social lejos de ser una virtud es más bien un modo caduco de mirar a la realidad, y que no sirve ni a la causa de la libertad, ni a la idea de la personalidad si se es ciego para la significación de los factores ambientales» (2).

El texto de Mannheim, teniendo en cuenta el tiempo en que fue escrito, es susceptible de varias precisiones. Sin embargo, destaca la inevitable conexión entre sociedad y educación, aunque sólo de un modo indirecto y ambiguo indica la índole de esa interdependencia. Sabemos, en estos momentos (3), que, tanto los profesores como los alumnos, las instituciones mismas, están en parte configurados, en una dimensión profunda de su carácter, de la índole de personas que son y del funcionamiento interno desde el que se mueven, por las estructuras sociales. Ignorar este aspecto conduce, con frecuencia, a los que podemos llamar actores inmediatos de la educación, a obrar al modo de escultores que pretendiesen labrar un bloque de mármol dando golpes en el aire.

La cuestión se ha convertido en tal palmaria, ya desde Feuerbach y Marx, que insistir sobre ella es pura redundancia. No obstante, el problema continúa vigente a la hora de fijar, entre los múltiples procesos sociales, cuáles son los que, desarrollados en nuestra época, tienen relevancia y qué clases de condicionamientos introducen.

Actualmente disponemos de una serie de teorías que agrupan los grandes movimientos colectivos y muestran sus efectos. Tenemos que mencionar, al menos, las aportaciones de la antropología tal como, por ejemplo, han sido presentadas por Magaret Mead; las de la economía, ofrecidas por Clark; y las de la sociología, entre cuyos cultivadores vamos a mencionar a Riesman. Sus planteamientos nos permiten destacar, en la medida en que describen fenómenos fácilmente verificables, algunas de las contradicciones internas que afectan a los sistemas educativos.

Riesman utiliza, como primeros parámetros, la acumulación demográfica. En base a ellos se puede establecer la existencia de etapas históricas en las que el número de nacimientos es igual, en líneas generales, al de muertes, y ambos son muy altos. En estas sociedades la población es joven, las expectativas de vida son bajas, y las generaciones se suceden rápidamente. Estas sociedades se llaman de «alto potencial de crecimiento». Si se pudiese disminuir la tasa de mortalidad, se produciría una «explosión demográfica». La población aumenta-

(2) MANNHEIM, K. Diagnóstico de nuestro tiempo, Fondo de Cultura Económica, México, 5ª reimp., 1975, p. 105-106.

(3) FROMM, E. Psicoanálisis de la sociedad contemporánea, Fondo de Cultura Económica, México, 13ª reimp., 1979. KARDINER, A. El individuo y su sociedad, Fondo de Cultura Económica, México, 2ª ed., 1968, etc.

ría a grandes velocidades. Esto ocurrió en Occidente a partir del siglo XVII. Los demógrafos denominan a esta etapa de «crecimiento transicional», porque la tasa de natalidad no tarda en seguir a la de mortalidad en su declinación. Cuando la tasa de nacimientos se hace lenta, la población de adultos y ancianos aumenta. Aparece, entonces, una tercera etapa llamada de «declinación demográfica incipiente» (4).

La tesis de Riesman establece que «cada una de estas tres fases distintas en la curva demográfica parece corresponder a una sociedad que asegura la conformidad y modela el carácter social de una manera definitivamente distinta.

La sociedad de alto potencial de crecimiento desarrolla en sus miembros típicos un carácter social cuya conformidad está asegurada por su tendencia a seguir la tradición. Se denominan individuos **dirigidos por la tradición**, y a la sociedad en que viven, «**una sociedad dependiente de la dirección tradicional**».

«La sociedad de crecimiento demográfico transicional desarrolla en sus miembros típicos un carácter social cuya conformidad está asegurada por su tendencia a adquirir, desde el comienzo de la vida, un conjunto de metas internalizadas». Son individuos **dirigidos desde adentro**, y la sociedad en que viven es, por tanto, una sociedad **dependiente de la dirección interna**.

«Por fin, la sociedad de declinación demográfica incipiente desarrolla en sus miembros típicos un carácter social cuya conformidad está asegurada por su tendencia a ser sensibles a las expectativas y preferencias de los otros». El resultado se contabiliza en personas dirigidas por los demás, y la sociedad se presenta como dependiente de la heterodirección, como una sociedad en la que la experiencia se agudiza en torno a los grupos de presión y su alternancia.

La teoría de la curva de población proporciona «una suerte de taquigrafía para referirse a la miríada de elementos institucionales que también están simbolizados —aunque por lo común con más apasionamiento— por palabras tales como «industrialismo», «sociedad folk», «capitalismo monopolista», «urbanización», «racionalización», etc. Por ende cuando se habla aquí de crecimiento transicional o declinación incipiente de la población, en conjunción con cambios en el carácter y la conformidad, tales frases no deben tomarse como explicaciones mágicas y omnicomprensivas» (5).

Situándonos en esta perspectiva podemos descender a la precisión de algunas peculiaridades de las que se revisten los comportamientos. Ateniéndonos, pongamos por caso, a las imágenes de poder en las distintas etapas, podemos constatar que ha habido metamorfismos profundos. La jerarquía única de gobernantes ha sido sustituida, o lo está siendo, por los «grupos de veto». Entre ellos está dividido el poder (6). A una estructura bien definida, sucede una organización amórfica. Los líderes ingresaban en la política (dentro de la época transi-

(4) RIESMAN, D. y otros. *La muchedumbre solitaria*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1981, p. 20. Vid.:

— *Individualismo, marginalidad y cultura popular*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1974.

— *Psicoanálisis y Ciencias Sociales*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1973.

(5) RIESMAN, D. y otros. *La muchedumbre solitaria*, id. p. 21-22.

(6) *Id. id.* p. 257.

cional) para cumplir tareas específicas: asegurar la conquista de recursos, la moralidad del trabajo y la rentabilidad, la obtención de riqueza concreta. Los límites entre el bien y el mal están establecidos con precisión. El dirigente, héroe, tenía la misión de encaminar, decidir con exactitud el rumbo. Los dirigidos seguían las orientaciones y admiraban el valor. Eran los viejos capitanes de la industria, del comercio, y los políticos identificados con sus planteamientos, los que marcaban las pautas de actuación. Frente a ellos, sucediéndolos, han llegado «los capitanes de la No-industria».

En unas épocas se administra «el relato de ascenso triunfante y centrado en el trabajo del héroe. Hoy el ascenso se da por sentado o se ve en términos de las oportunidades, y se acentúan los gustos del héroe en cuanto a ropas, comidas, recreaciones, etc... Estas son «las fronteras en las que el lector puede competir».

«Más aún, hay un cambio de las biografías que va desde un acento en los líderes de los negocios a un acento en los líderes del consumo. Proporcionalmente, actores, artistas, comediantes, reciben más atención que antes, y los héroes de la oficina, la tribuna y la fábrica, mucho menos. Estos consumidores del producto superavit pueden, en los términos de Veblen, proporcionar «tranquilidad espiritual» mediante su misma habilidad para el consumo. El **glamour** de esos héroes del consumo puede residir en su incompetencia para los negocios y... en algunos casos su «sinceridad» completamente personal puede reemplazar criterios artísticos más objetivos».

En esta línea inscribe Riesman personajes tan destacados como Churchill y Roosevelt. «Churchil, dice, explotó su indignación, Roosevelt, su encanto» (7).

El poder, sin duda, se dispersa cada vez más en la multitud de grupos existentes... El individuo mismo, aislado, no es nadie. Sólo tiene peso, fuerza, capacidad de gestión, el grupo en el que se apoya. Ir de francotirador por el mundo disfrutó de sus momentos de gloria. Hoy tiene el aire un tanto grotesco del «aislado», del «separado». Nadie puede desplazar a un grupo de veto afianzado. «Al contrario de un partido que puede salir derrotado en los comicios, o de una clase que puede ser reemplazada por otra, los grupos de veto siempre permanecen» (8). Entre ellos se establecen las reglas de juego. Cada uno arreeja en favor de los propios intereses hasta donde le permite llegar el otro, hasta donde los otros están dispuestos a dejarle libre el camino. La red de coaliciones y de movimientos es tan amplia que, con frecuencia, desborda la práctica política del Estado.

Es indudable que el cuadro social sufre profundas alteraciones según lo apliquemos a un pueblo o a otro, incluso adquiere diferencias localistas muy concretas. Sin embargo permanece, como síntoma de nuestra época, la progresiva indeterminación y la tendencia amorfa en la «cosmología del poder». Es una nueva realidad de la que tenemos que partir. Pero la gente puede tener miedo de una situación de esta índole. Y se aferra a cualquier esquema que le per-

(7) Id. id. p. 263.

(8) Id. id. p. 277.

mita reducir el presente aunque, para ello, ignore o necesite descalificar la complejidad del mundo en que vive.

El hombre de la etapa de «declinación incipiente», el dirigido por los otros, se va diseñando como un ser que establece sus preferencias, que marca un cuadro de valores relativos, sometidos a un constante despojo circunstancial. Se presentará a sí mismo como «bien informado», ofreciendo esta característica destacada frente a otras —la laboriosidad por ejemplo, o el rendimiento—. Es un «consumidor de las noticias políticas del día dentro del grupo de pares». Se muestra tolerante con otras opiniones, tal vez porque las considera «meras opiniones», «quizás interesantes, entretenidas, pero carentes del peso de un compromiso parcial, y mucho menos total, con la propia acción o rol político. Además, son «meras» opiniones porque el mundo político de los grupos es tan inmanejable que la opinión como tal parece carecer de toda pertinencia» (9).

Es cierto que ninguna sociedad, por muy coercitiva que sea, determina un único modo de respuesta o «reconciliación» (10). Siempre son posibles las desviaciones. Es más, las desviaciones son necesarias. De lo contrario, la sociedad misma moriría por la miseria, la inercia, la esterilidad o la imposibilidad de innovación. Al lado de los adaptados perviven los «anómicos» y los «autónomos». Y, en cualquiera de los casos, muchos adaptados mantienen un rescaldo de rebeldía que se reaviva periódicamente. La lucha, los problemas de equilibrio personal se establecen, aparte de otros múltiples frentes, entre la necesidad de personalizar, «emocionalizar», «moralizar» el trabajo, la fábrica, la escuela, y la progresiva despersonalización de las actividades en general (11). Deslindar los límites entre las tendencias personalizadoras y despersonalizadoras, entre ambas necesidades, es uno de los retos de la actualidad. Desde este punto de vista, el imperativo del futuro está en descubrir nuevas formas de interacción y de equilibrio.

Este esquema es cuestionable en muchos aspectos y, desde luego, susceptible de ampliación y precisión. La distribución de la cultura en grandes épocas —postfigurativas, cofigurativas y prefigurativas— introduce rasgos relevantes. Lo mismo podemos afirmar del dinamismo subyacente en la redistribución de las clases sociales, o de las consecuencias que la movilidad del status aporta a las orientaciones profesionales. Sin embargo, los problemas que se perfilan desde la perspectiva que venimos planteando son suficientes y dignos de ser tenidos en cuenta, porque nos remiten a algunos conflictos que repercuten de manera especial en el sistema educativo.

En primer término, el «carácter social», es decir, «aquella parte del carácter individual» que comparten los grupos sociales significativos y que constituye uno de los elementos de la «clase de equipo» con que una persona se «enfrenta al mundo y la gente» (12), tiene una duración mayor que las circunstancias externas que lo provocan. Y esto, por la sencilla razón de que se integra como

(9) Id. id. p. 279.

(10) Id. id. p. 297.

(11) Id. id. p. 332.

(12) Id. id. p. 16.



modo de ser que se transmite generacionalmente (13). Tal es el motivo por el que en todas las sociedades evolucionadas, y en las personas que las integran, se producen pulsiones contrapuestas, inevitables, que arrastran a sus protagonistas, con frecuencia, a posiciones rigurosamente irreconciliables.

En segundo lugar, el sistema educativo, cualquier sistema educativo, por su misma naturaleza interna tiende a complicar, amplificándolas, aquellas tensiones. Y ocurre así porque en él confluyen, decantados, los caracteres sociales en sus prácticas más consolidadas. Los saberes, la ciencia, a partir del instrumento básico de comunicación y formulación, a partir del lenguaje, tiene un fuerte componente tradicional. Las palabras, las expresiones, son reductos en los que sedimentan las experiencias acumuladas de la humanidad. Y los saberes, la ciencia, las refuerzan con el conjunto de conocimientos heredados de las generaciones pretéritas. Todo ello impulsa a los receptores a la aceptación y la asimilación. De ahí que, directa o indirectamente, a los sujetos de la educación se les impone una actitud sumisa. La insubordinación, el rechazo de la ciencia establecida, de los saberes consolidados, es, pura y simplemente, ignorancia vergonzosa. Gran parte de las destrezas docentes van encaminadas a favorecer la rápida interiorización de los conocimientos. Y el espíritu crítico, factor introducido para amortiguar la pasividad, más bien aumenta que retrae la fuerza receptiva. Al fin y al cabo somos hijos de la historia. Somos nuestra historia. Es cierto que se ha roto el núcleo parental inmediato como lugar de adquisición del legado cultural. Ha sido sustituido por la escuela. Y la escuela ha pasado a ser el centro básico de la tradición y del aprendizaje.

Al mismo tiempo que estos sucesos se producen, el sistema educativo presta un gran apoyo a la personalidad entendida como mecanismo interior que permite al individuo responder por sí mismo a las distintas situaciones en que se encuentre. El saber exige concentración, laboriosidad, esfuerzo. Y es un camino ilimitado. El recurso a la voluntad, al control y a la eficacia se hace imprescindible. Pero, al poner el acento en estos rasgos, surge, poderosa, la individualidad, la diferenciación, una consistencia interna y propia tan suficientemente arraigada que permita hacer frente a todas las dificultades. Lo difícil, precisamente, exalta el valor interno, la propia capacidad. Lo que sucede es que esta característica entra en conflicto con la anterior, con la presión de lo tradicional, porque allí lo individual resulta muy disminuido. Ocurre esta confrontación al margen de las que se producen por sí mismas en el campo de cada una, y si los procesos sociales privilegian, como de hecho ha sucedido, una dimensión enfrentándola a otra, el problema desborda la educación para convertirse en debate colectivo.

El proceso escolar, finalmente, está constituido por un conjunto de personas que actúan constantemente unas con respecto a otras. En él coinciden grupos diferentes, psicogrupos, entre los que se establecen conexiones ulteriores y entre los que intervienen los sociogrupos. El grupo aparece ahora como una nueva realidad. Establece un lugar distinto de realización, un modo de ser, un cuadro de valores específico. Y hasta tal extremo ha invadido el espectro social

(13) Vid. PLATÓN. República, 549/a, 550/d. Narra ahí ejemplos de la vida ordinaria en los que se patentiza el sistema de interacciones a los que cada persona está sometida y algunas de las incidencias en los comportamientos.

y personal que la literatura, el trabajo cultural centrado en el análisis de su naturaleza, funciones y mecanismos de desarrollo, es impresionante (14). Incluso absorbe gran parte de las técnicas pedagógicas y didácticas más en voga. Pero no se puede olvidar que la preeminencia del grupo viene arrastrada por un proceso social irreversible. Y su presencia implica que se depone, al menos se coloca entre paréntesis, la autodirección y la decisión interna. La personalidad se convierte ahora, así lo afirma Sullivan, por ejemplo, en interpersonal. Por tanto, los resortes íntimos se ordenan en un conjunto de interacciones desde las que surgirán los distintos roles como resultado, ya no del esfuerzo íntimo, sino del entramado de las relaciones sociales. Esta nueva dimensión entra en pugna directa con las anteriores, con la formación desde la tradición y con la «dirección» desde adentro, anulándolas, o simplemente desechándolas como lastre que impide el desarrollo. Así se origina una dialéctica inquietante de la que arrancan equilibrios y desequilibrios, desazones y logros que recorren el sistema educativo en toda su extensión. Las negaciones nunca se hacen sin quebrantos. Es más, a medida que el grupo invade la totalidad del campo de realización, que se hace absoluto, también genera una problemática especial que habrá de ser tenida en cuenta. Baste recordar la necesidad de «personalización» y «emocionalización» que aparece reclamando límites todavía no establecidos ni formulados. Esta necesidad de personalizar ha abierto, desbordándose, un amplio mercado en Estados Unidos. Los usuarios de automóviles no se resignan a tener un vínculo exactamente igual a otros muchos miles que circulan por la carretera. Para evitarlo encargan decoraciones fantásticas y costosísimas. El problema se ha transformado en negocio que produce, automáticamente, nuevos problemas.

De todos modos, no debe olvidarse que el grupo es imprescindible. Existe siempre. Pero, a medida que va adquiriendo dominio el proceso social desde el que se potencia su protagonismo en el sistema educativo, la necesidad de reformular todo el marco de la personalización se hace más acuciante. Pueden surgir formas esperpénticas, simples garabatos tomados por síntomas de originalidad. Los ensayos que aparecen en la música, las revistas de la moda, la pintura, elevan los marcos de referencia a extremos difíciles de reconocer. Uno tiene la impresión de que, rotos los moldes del resto de los procesos sociales, todo vale, de que cualquier intento encuentra anuencia y seguidores.

¿Qué significan todas estas alusiones que venimos haciendo?

Primero, los profesores tienen, aparte de sus múltiples ocupaciones, un quehacer básico. Consiste en la apremiante necesidad de llevar a cabo nuevas formas de integración, no de exclusión. Es un ajuste permanente, en el sentido riguroso que Platón da al término, y que no termina nunca, porque cada nuevo elemento arraigado en la sociedad ha de ser ensamblado en el conjunto de características humanas de tal manera que las síntesis conseguidas sean realmente superiores. Y esto es una actividad espléndida y grave.

(14) Realmente la bibliografía es enorme. Por citar sólo algún ejemplo: PAGES, Max. La vida afectiva de los grupos, Ed. Fontanella, Barcelona, 1977; Homans. El grupo humano, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1963; Anzieu, D. El grupo y el inconsciente, Biblioteca Nueva, Madrid, 1978; Hall, D.M. Dinámica de la acción de grupo, Ed. Herrero hermanos, México, 1970, etc., etc.

Se ha escrito que «el maestro es una figura trágica en la historia de los pueblos. Su presencia, por tantas razones entrañable, marca el punto de inflexión, el salto evolutivo que separa la sociabilidad elemental y fraterna de la especie humana de las organizaciones sociales del poder.

Las raíces más profundas de la angustia que hoy resienten algunos enseñantes se encuentran en la marca o señal que permanece en los cimientos desde el remoto nacimiento del ser social. La «memoria histórica» que permanece en el cuerpo de enseñantes del acontecimiento, inverosímil combinación de interacciones improbables que se aferran a la vida para perpetuarse, al que deben su aparición, su nacimiento y su perpetuación el ser social y ellos mismos como grupo funcional del poder se manifiesta como profundo sentimiento de culpabilidad cuando el poder escapado de sus manos desarrolla el ser social sobre la despiadada explotación de los excluidos» (15).

Aparte del desgarrón originario del que surge la función docente como profesión está, sin duda, la práctica asumida que hace del maestro no una figura trágica, sino entre íntima y dura, entre confidencial y crítica, entre cálida y sobrecogedora por la responsabilidad enorme que la sociedad deposita sobre sus hombros: Lograr en sus alumnos un equilibrio, una síntesis, de la que dependerá el equilibrio, la síntesis, de la sociedad en que han de vivir.

Segundo. Los profesores tienen que promover un nuevo aprendizaje. Tienen que enseñar a sus alumnos los límites y las posibilidades de la personalización. Es quizá el aprendizaje más difícil, porque es un aprendizaje indirecto. Para conseguirlo sólo cuentan con su sensibilidad para las cuestiones humanas. No sirven reglas fijas. Nuestro tiempo discurre con tal rapidez en el orden científico, técnico y social que las inutiliza casi al tiempo de ser formuladas. Existen las leyes generales y las ideas últimas, pero por su misma generalidad obligan a una reinterpretación y concreción constante. Las contradicciones internas de la educación sólo se solucionan mirando al futuro y manteniendo despierto el deseo de acertar, de estar en la verdad.

Lo que quiero afirmar, con la mayor nitidez posible, con toda la claridad de que soy capaz, es que cuando algo se mutila, se niega eliminándolo de raíz, algo definitivo se pierde, algo importante se aniquila. Cuando los procesos sociales y sus implicaciones se manejan al modo de cortes drásticos, de separaciones violentas, se están practicando escisiones, rechazos de ordinario revestidos de apasionamiento, de irracionalidad. Todo se transforma automáticamente en inquisición. Yo no sé hasta qué punto somos todos, en algún momento y de alguna forma, inquisidores. Pero de lo que sí estoy seguro es de que para esto, para romper y mutilar, no son necesarios profesores, ni maestros, sino leñadores. El maestro, el profesor, es esencialmente integrador, creador de síntesis desde las cuales todos nos sentimos y somos superiores, es decir, más humanos.

(15) DE ELEJABEITIA, C. El Maestro, en Rev. Educación y Sociedad, Akal Editor, 1983, p. 156-157.